

MUNDO GASTRONOMICO



«SPAGHETTIS» A LA NAPOLITANA

Se coge una napolitana y se la caldea al baño Manuel. Cuando esté bien caldeada se la saca del fuego y se espera a que esté templada. Una vez templada se adorna con «spaghetti» previamente cocidos durante diez minutos, con sal y pimienta.

Es un plato que puede ser tomado a cualquier hora del día. Se acompaña con vinos tintos «chambrees», o con cualquier otro vino. Y si me apuran, incluso sin vino.

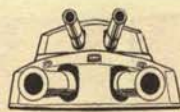


A Peggy se le escapaba el aire a borbotones. Douglas rebuscó en sus bolsillos sin ningún resultado. Su caja de últimos auxilios debió caer al suelo al iniciarse la retirada.

Ya era tarde para preguntarse por qué había cargado con Peggy; ¿la necesidad?, ¿la higiene? No; algo más simple: la costumbre, simplemente la costumbre. Ni siquiera se paró a pensarlo cuando su unidad inició la desbandada.

A él le daban asco las nativas, estaban demacradas con tantas huidas. Nunca pudo entender a sus compañeros, ¿se necesitaban ganas de pillar una infección! El había recibido otra educación, pertenecía a la minoría silenciosa y selecta; incluso estuvo a punto de librarse de ser enviado allí. La cul-

pa la tuvo el senador, su gestión fue más lenta que la decisión de aerotransportar a su compañía. Si le hubieran movilizado por barco, otro gallo le estaría cantando en estos momentos.



Mientras se retiran las amarras de un acorazado da tiempo para que lleguen las influencias.

No le fue fácil sacar a Peggy de los barracones y ocultarla durante aquella ordenada expedición de castigo que

tan ordenadamente fue desarticulada por el enemigo.

Tras aquel cálido y largo día de huida, necesitó sentir entre sus dedos el fino y escurridizo pelo de Peggy. Se

Querida Peggy

tendieron junto a los cañaverales de la orilla. Su respiración se hizo por primera vez pausada. Dejó el fusil apoyado contra un árbol y se quitó una bota, la otra no le salía. Ahí estaba Peggy, con su cabellera desordenada,

pontáneamente. Aunque quizá algún día nosotros lo hubiéramos descubierto.

Nuestra madre, al ver nuestra alegría, destrozó a llorar y nos abrazó con tal fuerza que nos arrancó una pierna. Menos mal que como teníamos tres piernas cada uno nos quedaron dos a cada cual, que es con las que nos servimos en la actualidad.

Satisfechos con la noticia, nos fuimos a hacer el servicio, que es lo único que le faltaba al cuarto de baño: el servicio.

Nuestro padre era bueno, trabajador, estudioso, culto, ama-



Cuando llegamos a la mayoría de edad, nuestros padres nos reunieron en el cuarto de baño y nos dijeron escuetamente:

—Mirad, hijos. Yo soy vuestro padre —dijo nuestro padre— y esta que aquí veis es vuestra madre —dijo refiriéndose a nuestra madre.

No dijimos nada. Nos miramos fijamente a los ojos durante unas dieciséis horas y luego exclamamos:

—¡Gracias, padre! Es mejor que nos lo hayáis dicho así, es-



ble y perfecto, hasta tal extremo que los amigos le llamaban cariñosamente «El Extranjero». En cambio, a nuestra madre la llamaban «La golfa de Lepanto», porque había vivido en Lepanto y por no sé qué otras razones.

Sí, señores. Nosotros somos hijos de un hombre y de una mujer, cosa que no pueden decir ni las cabras ni las parejas de las cabras.

En Madrid, capital de España (USA), mayo de 1972.

aguardando impaciente el encuentro. Fue entonces cuando aquel disparo alcanzó su frágil cuerpo. Douglas apretó con fuerza su mano contra el orificio, pero ya era demasiado tarde. Su rostro se contrajo en un gesto de rabia e impotencia, y sus labios mascullaron una ahogada protesta: decididamente no volvería a mantener relaciones al aire libre en zona batida.

Lentamente introdujo a Peggy en la mochilla. Esta sería la última vez que el enemigo se la deshinchara.

Mientras se alejaba buscando con su brújula la cota veinticinco, maldijo la hora de aquella retirada en que debió perder su caja de parches.

Buena se estaba poniendo la guerra, como para unas apreturas.

SIR THOMAS

